

(CUENTO PREMIADO)

Cuando El Amor Muere

Por J. Hernández Gavira



—¡Riquísima!

La vió pasar, como un aroma de ensueño, taceando fuertemente sobre la acera, bajo su sombrilla japonesa de múltiples colores, esbelta y de caderas firmes, óvalo el rostro, negras las cejas depiladas y muy recargados de carmín los labios en forma de W. Sobre todo, fijóse en las medias de seda, finísimas y transparentes, que aprisionaban unas piernas bien torneadas.

—¡Riquísima!

Ella volvió la cara, y sonrió coquetonamente bajo su absurda sombrilla japonesa.

Luis Contreras se atrevió:

—¿Me permite Vd., señorita, una indiscreción?

—No hay inconveniente—, respondió la desconocida continuando su camino, como si disfrutara de un placer en su andar.

—Entonces, ¿podría Vd. decirme su nombre?

—Gilda Grey.

Y continuó caminando, majestuosamente, como si no existiera su importuno acompañante.

—¡Qué feliz me hace Vd.! ¿Podría hacerla una súplica?

—No hay inconveniente...

—Me permitiría Vd. que le hiciera una visita en su casa?

—No hay inconveniente...

Y la bella Gilda se subió en un *street car*, dejando con las ganas a Luis Contreras, que en aquel momento tenía que ir a la oficina.

Tenía el permiso, pero no la dirección de Gilda Grey. ¡Caramba! ¿Estaría en el libro de teléfonos? Lo primero que hizo Luisito al entrar en la oficina, fué buscar el libro de los abonados.

—¿Hay incendio?—le preguntó el Jefe.

Luisito sonrió:

—¿Incendio? Sí, señor; por dentro, aquí cerca,—respondió haciendo señas con el aparato hacia el lado del corazón.

Sin transición, saltó de júbilo:

—¡Eu - re - quí - si - ma!

—¿Eh, qué dice?

—¡Qué está, Jefe, que está! La he hallado.

“Mas loco que una cabra”, pensó el Jefe, poniéndose a trabajar.

En efecto, en la letra “G”, había hallado la dirección de la casa paterna: “Don Augusto Grey. Penn. Ave.” Sí, debe ser la misma.

Y el domingo siguiente, Luisito comprobó que era la misma. Y ella, la misma, con sus andares recios, con su fina ironía y su inquietadora sonrisa:

—Veo que Vd. es un gran detective.

—¡Ah, Gilda! Para Vd., para las mujeres como Vd., alucinantes y seductoras, yo me considero mas avisado que Sherlock Holmes.

Vinieron los meses de delicioso idilio, de incansable *yo te quiero, tu a mi mas y para siempre* en las veladas nocturnas en el balcón, bajo los claros de luna o en las playas del Boulevard incendiadas por la espléndida agonía del sol. ¡Las horas! ¡Esas horas de los enamorados, fugaces e insensibles que devoran la vida fecundizándola, fuera del tiempo y del espacio!

¿A que esperar mas? De sobra se conocían y de sobra se querían. ¡En extremo! Gilda, hecha para el hogar y abierta a todas las sinceridades y a todos los entusiasmos, pandereta o flor, tenía en sí la gracia innata, la sal de la vida. Nada se oponía a que fueran felices. ¡Nada y nadie! Ni sus padres. ¡Ni siquiera el matrimonio!

—A veces—, le decía Luis—, cavilando en nuestra afinidad de almas, yo me imagino que nos hemos conocido en otra vida anterior, y que, al encontrarnos al azar, ceirta tarde en la Avenida Rizal, no hemos hecho sino reanudar una antigua amistad. ¡Quien sabe si yo fui una estrella y tu, una flor! Tu ya sabes que el loto no es sino estrella del cielo desprendida.

—¡Muy bien! De Sherlock Holmes a Allan Cardec. A ver, a ver, señor Cardec; ¿me quiere Vd. decir en que se ha de convertir o transformar cuando se emancipe de su presente envoltura corporal? ¿Me quiere Vd decir si será un tuberculo o si será una coliflor?

—¡Lo que tu quieras!

Y hubo una breve pausa, luego, que ella quebró de pronto, poniéndose seria:

—¿Me querrás siempre, Luis?

—Para siempre no, chiquilla, eternamente, desesperadamente, mas allá, lejos de la vida... Porque tu eres un libro abierto de poesía y de vida, y a medida que vaya entrando en tus páginas, a medida que te vaya leyendo, te querré más, más, más, como una revelación!

Gilda hizo un mohín de niña traviesa, se levantó del canapé, e imitando a Luis, extendidos los brazos en cruz, dilatadas las pupilas en un bello gesto trágico, se burló del amado:

—¡MAS!, ¡MAS!, ¡MAS!

El río con toda su alma:

—¡Pero que loca eres, chiquilla!

Tras los tiernos y largos coloquios y las dulces e interminables cábalas sobre lo porvenir, con la venia de los suyos, cierta espléndida mañana de mayo, unieron su destino en el altar de lo Eterno. Y tuvieron muchos hijos, y vivieron muchos años y fueron ¡felices!

Pero no, lector. La vida, no es como quisiéramos que fuera siempre, sino tenemos que aceptarla tal como viene o salir de ella. Y en este último caso los perdidosos somos nosotros y no la vida. Y muchas veces ésta no depende sino de un solo *adjetivo*.

—¡Ri - qui - si - ma!

Gilda se había acostumbrado al tratamiento hiperbólico. La halagaba, la hacía feliz, entre todas las mujeres, porque era esposa y mujer. Ella, en cambio, por cariño, llamaba a Luis su Sherloquito, haciendo alusión a tiempos ya pasados y lejanos:

—Sherloquito mío, ¿qué te crees tu eso? Yo creo que va a ser un chico.

—Entonces—, respondía Luisito loco de felicidad—, se llamará Nick Carter y será un Don Juan. Figúrate, Riquísima, un Don Juan-Nick-Carter. Se tendrían que armar de pistolas las chicas que transiten por las calles...

Y Riquísima no podía protestar porque Luisito la llenaba de besos tontos, la alzaba en vilo como si fuera una niña, no obstante su próxima maternidad.

Y vino al mundo Nick en pañales. ¡Caramba con Nick! ¡Que manera de echar sonrosados mo-fletes! Luisito estaba loco. Y poco a poco, el cariño del padre a la madre, se iba transfundiendo en el hijo, en aquel loco y pequeño Don Juan-Nick, que ahora jugaba con muñecos de car-



—Ah, Rica, bendita seas riquísima entre todas las mujeres.

tón. Ya Riquísima, había pasado a la categoría de Rica. Le parecía impropio ya llamarla riquísima ante el hijo y además... demasiado largo! Rica, resultaba mas propio y más corto.

¡Y Gilda estaba triste!

—¿Qué tienes Rica?

—¡Ah, Sherloquito mío; ¡creo que esta vez será una niña! Y será mía, mía, mía...

Había tanto énfasis en todo aquello, que Luisito medio se reprenió de la tibieza con que había tratado a Gilda, desde aquella vez, desde que Nick viniese al mundo.

—Ah, Rica, bendita seas Riquísima, entre todas las mujeres.

Y la colmó de besos locos, resarciéndola de todos cuantos había perdido en los meses de soledad y abandono.

Pero vino al mundo Leticia y el mundo se partió en dos. Mas exactamente, en el hogar de los esposos Contreras, hubo dos mundos. El, del esposo con el travieso de Nick y el de la esposa con la sentimental de Leti. Casi podía decirse que vivían ya en mundos separados. Y en ellos ya no cabían los adjetivos. El esposo llegaba cansado del trabajo y no era cosa de andarse con zalamarías. Gilda por aquí, Gilda por allá, que si la cena, que si los niños, el acabóse. Nada, la vida rutinaria y prosaica, la vida de todos los días...

A medida que iba queriendo a Leticia por razón de su edad y de su debilidad, y porque así que pasaban los años, Leticia le recordaba aquellos otros de su romanticismo que ya no volverían, algo se moría en su corazón y era su amor de juventud, su amor triunfal y clamoroso a la Gilda de ayer. ¿Qué era, en resumen, aquella delicada criatura de manecitas sonrosadas que andaba a vueltas con sus alelukas de "papaíto te quiero mucho!", sino una nueva edición, mejorada y rejuvenecida de la Riquísima de ayer? ¿No tenía ella los mismos ojos adormecidos, la misma nariz fina, la misma boquita y las mismas travesuras de su madre? ¿Cómo no adorar a aquella cria-

tura, carne de su carne, floración de un nuevo amor, si la vida, en fin, no es sino una renovación constante de juventud y de belleza?

Cierta noche Luisito llegó algo tarde y cansado, a la hora de cenar. Empoltronóse en su sillón largo, sin acordarse ya de aquella mujer que medio agotó el amor, requirió los periódicos y pidió *brandy* a la fámula.

Gilda sentía sed de cariño, sed de ternuras, en un ansia completa de renovación de amor de esposa y madre. ¿Por qué no podrían vivir, queriéndose, como antaño? ¿Por qué habrían de vivir como dos cualesquiera, como dos extraños en la realización del porvenir? ¿Es que la Vida, el Progreso o lo que sea, ha de exigir, necesariamente, lo que se llama felicidad? No, aquello era un absurdo. No se puede ser feliz sin tener corazón, condición primera para soñar o para sufrir, para reír o para llorar porque a veces se es feliz en medio de nuestras miserias, viendo la miseria mental de los demás.

Gilda se acercó mimosamente a aquel hombre que antaño la llenara de tantos desbordamientos de cariño y de poesía:

—Sherloquito mío, ¡qué triste me hallo!

Pero el hombre, ahora enfrascado en política, la respondió con una inaudita ordinariéz:

—A ver Gilda, a ver mujer, si atiendes la cena que anoche estaba de perros y traigo hambre atrasada.

¡Cena de perors! Gilda nunca se lo hubiers imaginado. Pero, si ahora, ella misma ate la cena de aquel ingrato y le constaba hacia tan bien sino mejor que un profesional.

Sumisa, Gilda, se fué a ver todo aquello. Abrió el horno. El pollo asado, bien dorado, parecía decir: *comeme*, tostado el pan, humeante la sopa, los macarrones en su punto, bien sazonadas las legumbres y el puré de patatas, y hasta el café que despedía un olorcillo embriagador, pero, ¡bendito de Dios!, si todo aquello estaba bien, si todo aquello estaba hecho por sus manos blandas y limpias. ¡Y llamar a todo aquello una cena de

perros! Y el tocino del cielo y los pasteles... nada; el desprecio o la indiferencia, era el precio de sus afanes y de sus desvelos.

Gilda Grey se llevó el delantal a los ojos. Por sus mejillas habían resbalado dos lágrimas. ¡Y era que Gilda había comprendido!

Comprendió, en esa hora suprema de las grandes revelaciones para la mujer, que en adelante su misión en la vida sería el trabajo sin amor.

mente, que el matrimonio era el aburguesamiento en el hombre y el desencanto en la mujer...

¡Eso era la vida!

Y Gilda, al comprenderlo, al comprender la vida, se echó a llorar de veras.

Dejóse oír en el comedor una voz estentórea:

—¡G - i - l - d a! ¡La cenaaaaaaaaaa!

—Alla vooooooy, Luis!, respondió alegremente, segura de sí misma, segura de haber comprendido



Cierta noche Luisito llegó tarde y cansado a la hora de cenar.

Comprendió que todo pasa en la vida, que había muerto ya, pero desastrosamente el amor de aquel hombre por quien había dado todo, su amor, su juventud, su belleza, su alma entera. Comprendió, que para poder vivir en adelante, era preciso borrar el recuerdo del primer amor, arrancarse el corazón, en provecho del otro amor más apacible de sus hijos. Comprendió, final-

la vida, de que había muerto su amor de juventud en provecho del amor maternal, muy convencida de haber comprendido a Luis.

—Riquísima, Gilda.

Luis aludía a la cena. Gilda se echó a reír:

—¡Come más, tonto, para qué quieres dejar a los gatos!

¡Y qué manera de comer tenía, el padre de sus hijos!



Momento en que, bajo un arco de sables, la gentil Srta. Suzanne King y el Teniente Frederick Dau, salieron de la Catedral de "St. Mary and St. John", después de su enlace matrimonial, en el que fueron apadrinados por la madre de la novia, Sra. de Edgar King, y por el Coronel M. A. De Laney.



Tras de apurados incidentes, que amenazaron frustrar sus bellas esperanzas, los famosos gemelos de Yango, Simplicio y Lucio Godino, se casaron "a gusto de todos", como en una película de Hollywood, con sus adorados tormentos, las hermanas Natividad y Victoria Motos. ¡Y ya tienen "motos" para correrse las borrascas de la vida! ¿Comentarios?, ¡un horror!. ¿Curiosos?, ¡"un" barbaridad!

